

## Tres notas a Miguel Delibes

JOSÉ FRADEJAS LEBRERO

«Grajos y avutardas» es un brevísimo relato de Delibes en *Historias viejas de Castilla la Vieja*<sup>1</sup>; experiencia vital recogida entre el pueblo; sencillas anécdotas de cazador, pero cargadas de honda preocupación por el mundo campesino, sus hombres y sus vivencias.

La narración, de estructura bimembre, como el título, *Grajos y avutardas*, contiene dos episodios típicamente tradicionales y folklóricos.

### I. EL JUICIO DE LOS GRAJOS.

Dice Thompson<sup>2</sup>:

«La sociedad animal (en la tradición popular) se concibe en términos puramente humanos. Hay reyes para cada especie de animales salvajes y domésticos. Se imaginan grandes asambleas en las que los pájaros y a veces otros animales organizan parlamentos para legislar o elegir gobernantes.»

Ejemplos significativos de estos aspectos folklóricos son la consideración del León, rey de las fieras, que ha dado lugar a tantos emblemas heráldicos e incluso a obras literarias como el *Calila e Dimna* y la *Disputa del asno* de Fray Anselmo de Turmeda; el águila, reina de las aves ya clásica, también en la heráldica, en el mundo babilónico<sup>3</sup>; y el oriol u oropéndola, señora de las aves cantoras, o el ruiseñor, como vemos en el *Concilio de Ramiremont* o el *Parlamento de los pájaros* de Chaucer; este señorío se ve acrecentado en Galicia, donde el ruiseñor, por falsa etimología, se le denomina Reyseñor. Por otro lado podemos recordar el concejo o parlamento de los ratones para elegir quién pondrá el cascabel al gato.

---

<sup>1</sup> Alianza Editorial, 1974. <sup>3</sup> Págs. 90-93.

<sup>2</sup> THOMFSON, S., *El cuento folklórico*. Caracas, 1972, p. 324.

<sup>3</sup> MALE, E., *El arte religioso*. México. F. C. E.. 1966. Breviarios. n.º 59, pp. 38-40.

De estas reuniones, cortes o tribunales, trata el motivo B 230 del Índice de Thompson y los tipos 220 y 221<sup>4</sup>. Ningún dato concreto tenemos de ellas en España por fuentes literarias. Delibes cita un libro para mí desconocido de Hyatt Verrill y sin embargo la propia experiencia, que Olimpio cuenta al narrador omnisciente que luego el autor confronta con lo leído, es la base folklórica, que se hace increíble para el desconocedor del mundo campesino.

Cuántas y cuántas observaciones naturales se han transformado o invertido en su significación a través del tiempo; como ahora en Delibes aparece metamorfoseada, en virtud del arte, en un cuento que se enraiza en esa base popular del folklore.

## II. CAZA DE LA AVUTARDA.

El segundo episodio tiene también una larga tradición; sirvan estas líneas como ampliación de las publicadas en el primer número de este Bole-tín (*Una nota a Juan de Mena*, págs. 19-22).

Arnaut Daniel es un trovador provenzal del siglo XII que tiene una exquisita personalidad literaria y una amplísima difusión. Ha sido publicado y traducido, en parte, por Martín de Riquer<sup>5</sup> y precisamente el poema número 116 de la obra de Riquer dice así en la tornada:

Ieu sui Arnautz qu'amas l'aura  
e chatz la lebre ab lo bou  
e nadi contra suberna.

El mismo texto es citado como colofón de su Vida, anónima, que también publica Riquer y fue criticado por El Monje de Montaudon en su poema «Pois Peire d'Alvernh'a chantat», estrofa VIII:

Pois la lebre ab lo bou chasset  
e contra suberna nadet<sup>6</sup>.

Asimismo fue imitado por Petrarca dos veces: en el soneto que comienza «Beato in sogno, e di languir contento», núm. CLVII dice en el segundo cuarteto:

ed una cerva errante e fugitiva  
caccio con un bue zoppo e 'nfermo e lento

<sup>4</sup> AARNE'S Y THOMPSON, S., *The Types of the Folklore*. Helsinki, 1964.

<sup>5</sup> RIQUER, M. de., *Los Trovadores. Historia Literaria y Textos*. Barcelona, Planeta, 1975. Tomo II, pp. 616-628 y 631.

<sup>6</sup> Id. Id.

y en la sextina VIII, verso 36:

e col bue zoppo andrem cacciando l'aura <sup>7</sup>.

En el siglo xv Ausias March en el poema LXIV «Lo temps és tal que tot animal brut» dice en la estrofa IV, tornada:

Lir entre carts, ab milans caç la ganta  
y ab lo branxet la lebre corredora <sup>8</sup>.

Fue Amadee Pages <sup>9</sup> quien inició el estudio de la posible influencia de Arnaut Daniel en Ausias March; citan después las posibles fuentes Pere Bohigas y Martín de Riquer.

Parece clara la influencia de la caza con BUEY: bou en Arnaut Daniel; en Petrarca bue zoppo=cojo, adjetivo un tanto extraño y que parece irónico, si no es para exagerar su lentitud. Daniel caza la liebre —rapidísima— con un buey —lento—, pero Petrarca lo pone aún peor, caza la veloz cierva con un buey cojo. ¿Ironía, contradicción, simple imitación?

Recordemos que Ausias March se refiere a cazar la liebre con un branxet; blanchete o branchete diría el Arcipreste de Hita:

un perrillo blanchete con su señora jugaba (Estr. 1400).

El blanchete, perrito faldero, pequeño, quizá perrito blanco de Malta, es inútil para la caza, por lo cual Rafael Ferreres <sup>10</sup> piensa que:

«la coincidencia de tal absurda caza entre los dos poetas más me parece lugar común que una influencia directa.»

Absurda, efectivamente; es incongruente cazar una liebre con un buey o una cierva con un buey cojo o una liebre con un perrito faldero; pero si lo consideramos en relación con la costumbre analizada ya en este Boletín (Núm. 1) citado anteriormente, veremos que no es tal, por cuanto es una forma villana de caza con la cual se engaña al ágil y veloz animal valiéndose de un disfraz, que, incluso, tiene mayor efectividad si pensamos que en Petrarca es un animal inválido para cualquier otra tarea.

El disfraz de buey, que no asustaría ni a la liebre ni a la cierva, es lo mismo que si de forma poética dijéramos caza la avutarda con la mula, que es lo que describe Delibes:

<sup>7</sup> PETRARCA, F., *Le Rime*. Firenze, 1900. pp. 176-7 y 194.

<sup>8</sup> MARCH, A., *Poesías*. Ed. S. Bohigas. Barcelona, 1954, E. N. C., vol. 73, pp. 65-7.

<sup>9</sup> PAGÉS, A., *Ausias March et ses predecesseurs*. París, 1912.

<sup>10</sup> MARCH, A., *Obra poética completa*. Ed. R. Ferreres. Madrid, 1980. Clas. Castalia. Tomo I, p. 11.

«De la misma llanada que se extiende ante los árboles eran que-renciosas, en el otoño, la avutardas una vez los pollos llegaban a igualones. Eran pájaros tan majestuosos y prietos de carnes que tentaban a todos, incluso a los no cazadores, como Padre. Sin embargo, su desconfianza era tan grande que bastaba que uno abandonara el pueblo por el camino de Molacegos del Trigo para que ellas remontasen el vuelo sin aguardar a ver si era hombre o mujer, o si iba armado o desarmado. En cambio, de las caballerías no se espantaban, de forma que en el pueblo empezaron a cazarlas desde una mula, el cazador a horcajadas cubierto con una manta. El sistema dio buenos resultados e incluso Padre, que no disparaba más que la bota durante las cangrejadas de San Vito, cobró una vez un pollo de seis kilos que estaba cebado y tierno como una pava. Pero el pollo ese no fue nada al lado del macho que bajó el Valentín, el Secretario, que dio en la báscula trece kilos con cuatrocientos gramos. El Valentín andaba jactancioso de su proeza, hablando con unos y con otros, y decía: 'El caso es que no sé si disecarle o hincarle el diente'.»

El tipo de caza es el mismo: disfrazarse el cazador de animal, mimetizarse o camuflarse, para con tal artificio confiar a las piezas anulando su natural asustadizo y hasta su olfato. La experiencia campesina ha dotado a los aldeanos de ese poder de observación para capturar con astucia y sin esfuerzo las piezas difíciles. Astucia que es principio de inteligencia aplicada a la vida cotidiana.

Desde el siglo XII, pues, por lo menos, se practica este modo de caza. Y cuando ya parecía que la evolución humorística —de Muñoz Seca— había dado al traste con toda posibilidad artística, Delibes le da una nueva forma acomodada a la realidad vital por él observada y corrobora ese modo, inteligente, astuto y práctico de caza.

### III.

La novelística de Delibes gira, en buena parte, en torno al mundo rural. Y aunque pueda mostrar las lacras: El Ratero, y los defectos: el Undécimo mandamiento, su más exquisita percepción es para el niño campesino: El Nini, El Mochuelo, El Tiñoso, y a veces para los viejos: El señor Cayo.

Entre los polos infancia-senectud, queda una masa amorfa; es como si Delibes planteara la cuestión en términos de Intuición=Niño; Sabiduría=Anciano.

Pero el anciano, caso del que vamos a ocuparnos, encarna la sabiduría popular; el buen sentido; el conocimiento de la naturaleza, que para el lector medio, no es más que una ignorancia supersticiosa, que también el ciudadano posee.

La vanagloria, la presunción capitalina no quiere ver esa ingénita sabiduría acumulada secularmente, por vía oral, por experiencia, y lo toma como una de esas incongruentes rarezas campesinas. El viejo señor Cayo, dueño y señor de su vida, independiente, con la independencia que da la autosuficiencia inteligente y práctica, es obedecido por el joven Rafa, en este episodio, por temor supersticioso. El señor Cayo calla, y Delibes no explica las razones que difícilmente se suelen comprender en el mundo ciudadano.

Así como el ciudadano se explaya, vanagloriosamente, en sus conocimientos con verborrea insufrible y pedante, el campesino señor Cayo solamente apunta, da el leve toque: otra trastienda le queda. La falta de curiosidad y el temor de Rafa son una suave e irónica venganza del campesino. La burla de Delibes queda subyacente al demostrar la superioridad intelectual y sapiente del señor Cayo.

Un contraste, clásico y arcaizante —corte y aldea— se manifiesta para exaltar la innata sabiduría campesina de nuestros *¿paletos?* En realidad el paleta es quien sabe tantas y tantas incongruencias como abundan en las calles asfaltadas, mientras el destripaterrones almacena sanas informaciones de importancia vital y artística. Porque creadores analfabetos, como el señor Cayo, han dado aspectos y obras fundamentales a nuestra literatura, a nuestro arte literario, a pesar de la incomprensión; pero de esas bellezas todos nos congratulamos y gozamos ignorando a qué gentes incultas se las debemos.

Quizá haya un exceso de idealismo por mi parte. Pero ¿es que la cultura es sólo libresca? ¿Dónde dejaremos la vital que nuestros campesinos almacenan de forma experimental y oral, transmitida secularmente? Si hemos de referirnos a la raíz de nuestro ser, sin duda deberíamos preferir la oral, con todas las transformaciones que haya podido sufrir al cabo del tiempo: desacralización y folklorización, literaturización y nueva folklorización.

Delibes lo ha visto perfectamente en este episodio de *El disputado voto del señor Cayo*:

«Laly se adelantó hasta Víctor, regateando entre las patatas; en tanto Rafa caminaba cansinamente hasta el límite del huerto y se sentaba en el ribazo a la sombra de un nogal. Al verle, el señor Cayo interrumpió su labor, echó la boina hacia atrás y se pasó el antebrazo por la frente sudorosa.

—Ahí no debía sentarse —dijo.

—¿Yo? —inquirió Rafa, alarmado.

—La sombra de la nogala es muy traicionera.

—¡Ostras! y, ¿qué lo mismo da una sombra que otra?

—Pues, no señor, no da lo mismo, hay sombras y sombras. Y, si no, vaya usted a preguntárselo al señor Benito.

—¿Qué le ocurrió al señor Benito?

—Pues, eso, se sentó un jueves a la tarde, tal que usted ahí, y el domingo, a la mañana, ya le habíamos dado tierra. Eso le ocurrió. Rafa se puso en pie de un salto y se palmeó ardorosamente el trasero con ambas manos. Rió forzosamente:

—¡No joda! —dijo—, no sea usted quedón <sup>11</sup>.

¿Cuál es el motivo de esa repentina muerte? Para el señor Cayo, en su sabiduría campesina, transmitida oralmente, y, a veces, creída como superstición, no sólo por Rafa, y sus congéneres, sino también por los mismos aldeanos, está claro.

Veamos lo que a través de la literatura clásica española podemos averiguar.

En 1513 Gabriel Alonso de Herrera publicó su *Obra de Agricultura*, escrita por encargo del Cardenal Cisneros para repartirla entre los labradores de su archidiócesis con el fin de que obtuvieran, mediante su conocimiento, mejores rendimientos de la tierra.

Es una obra de una prosa tersa, fina, elegante, con un vocabulario riquísimo y castizo, con una sintaxis renacentista perfecta; desgraciadamente desatendida por nuestros historiadores de la Lengua.

Sus fuentes son típicamente humanísticas y modernas. Siendo Alonso de Herrera pariente de Fray Hernando de Talavera, convivió con él en Granada y aprendió de los moriscos su técnica de cultivos, y leyó a Ibn Wafid, como había leído a los geógrafos latinos. Sintetizó experiencia propia y observación en sus viajes y sus amplias lecturas en esta *Obra de Agricultura*, que tuvo, con diversos nombres, hasta treinta y tantas ediciones.

Pues bien, en ella se nos advierte del mal que puede producir el nogal:

Los nogales son así dichos de una palabra latina, «nocere», que en castellano quiere decir nocir, o dañar. Porque son árboles que con su sombra, por ser muy pesada hace mucho daño a los otros árboles y plantas, que están so ellos, y aun también a las personas, que si uno se duerme debajo de algún nogal, se levanta muy pesado y con dolores de espaldas y cabeza <sup>12</sup>.

Sí, podemos observar, el nogal y su sombra son nocivos, pero no hasta el extremo de «asesinos». Pero por algo se empieza.

Un delicioso cuanto narcisista y egocéntrico escritor del siglo XVI, Luis Zapata de Chaves, nos explicará casi en términos médicos, y gracias a la

<sup>11</sup> DELIBES, M., *El disputado voto del señor Cayo*. Barcelona, Destino, 1979. Capítulo 11, pp. 103-4.

<sup>12</sup> ALONSO DE HERRERA, G., *Obra de Agricultura*. Madrid, Atlas, 1970. B. A. E. Tomo CCXXXV. Libro, III, Cap. XXXIII, p. 179.

sabiduría y ojo clínico de un galeno, de los tan desprestigiados, criticados y satirizados de la época, esa última cuestión. ¿Por qué mata el nogal?

Así fue tanta en Jerez de los Caballeros la discreción del doctor Santiago. Llega a él un rústico rabiando de dolor en la frente, que no paraba: tiéntale el pulso y véle sin calentura, y que el dolor de la cabeza era superváneo; y vista la dolencia ocasionada, le dijo: «¿Habéis a dicha dormido debajo de algún árbol?». «Sí, señor —dijo él—; debajo de un nogal he estado esta mañana». «Pues eso es —dijo el médico—; que allí hay mil ciento pies, alguno por las narices se os ha entrado». Hace traer unos polvos para la boca; pónese boca arriba, sóplaselos por un canuto por ambas ventanas, haciéndole estar boca arriba un rato el rústico rabiando; después vuélvele boca abajo; hácele soplar recio por ambas ventanas, echa un ciento pies bien largo, con lo que quedó libre el rústico, dando a Dios muchas gracias por ello, y se las damos los hombres, que ya que por la necesidad de la composición del mundo crió unas cosas para vianda de otras y para medicinas admirables, y crió sabandijas extrañas, dio los remedios tan a mano para ellos<sup>13</sup>.

Ahora queda claro, totalmente, al menos para mí, lo que el señor Cayo quiso advertir a Rafa. Bien es cierto que no lo razonó, ni tenía por qué. El oficio del escritor no consiste, fundamentalmente, en enseñar, al contrario, a Delibes le ha bastado con insinuar, de forma, si se quiere, exagerada, pero real por cuanto a la sabiduría del rústico le sobra con la experiencia, y a la de Delibes, con aludirla sin explicárnosla.

Maestría del novelista que hace funcionar la doble intencionalidad: sabiduría-ignorancia, con una fina y suave experiencia campesina que rompe la inconsciencia insapiente del jovenzuelo ciudadano.

---

<sup>13</sup> ZAPATA DE CHAVES, L., *Varia historia (Miscelánea)*. Madrid, Castilla, 1949. Col. Clas. Castilla, núms. 20-21. Tomo II, Párrafo, 109, pp. 39-40.